

## EL CREPUSCULO DE ARIEL

Rodó ya va cayendo por la pendiente insensible del más solemne olvido.

Han enmudecido ya las proféticas palabras que escribiría y que otrora fueran como gallardos banderines de lucha en la afirmación de nuestra personalidad incipiente; hoy yacen, empolvados e inánimes, en los anaqueles menos frecuentados de las bibliotecas.

Si un signo buscáramos para caracterizar el momento espiritual que vivimos, ninguno mejor, ninguno más esclarecedor de nuestra situación cultural, que esta falta de actualidad que sufre el pensamiento de Rodó.

Y es que la madurez que Europa nos inyectó con el aporte de su cultura milenaria, y que tuvo en Rodó al más exaltado de los transfusionistas, se avergüenza hoy de sus mejores méritos ante los atropellados empellones de los adolescentes de la cultura.

Ha sido y es característica de todos los pueblos en sus períodos de floración, en los momentos de su máxima euforia biológica, la más cerrada miopía para los valores culturales. El ímpetu vital que los anima los hace insensibles y despreciados para con los más equilibrados conquististas del pensamiento.

Mucho se ha elogiado este aporte de sangre joven y activa, de vitalidad desbordante, como agente vivificador de las culturas en decadencia. Y este es el mérito que se ha creído descubrir, por sus apologetas, en el pensamiento anglosajón que nos viene del norte y que inunda América: es el arnero con que se intenta tapar el cielo.

Porque su aparición en nuestro escenario y la saturación de nuestro ámbito cultural a que tiende, tienen perfiles muy particulares y, para nosotros, sobremanera trascendentes.

Su acción no viene a ejercerse ya sobre pueblos hiper-culturizados llevados a la anemia vital por la excesiva espiritualización de su ser; sino que viene a incidir en una realidad social casi virgen de realizaciones, grávida de infinitas posibilidades.

Y se ejerce con la perspectiva nada halagüeña de cegar, en su infiltración de aristas prepotentes y monopolizadoras, los más profundos hontanares de un pensar y sentir autónomos.

También Latino América es joven. Y ahí reside, esencialmente la médula de su drama: anegarnos en una peculiaridad que, más allá de sus reales valores, no es ni puede ser la nuestra.

Significa ni más ni menos que la destrucción en germen de todas nuestras más auténticas conquistas espirituales; reducirnos a meros recomponedores de un pensamiento que no nos penetra más allá de la epidermis, que se nos impone en nombre de un quimérico panamericanismo que encubre, entre pomposos adjetivos y elegantes posturas, un disimulado y no siempre vergonzante panyanquismo; en aras de una democracia política que lleva todas las trazas de convertirse en una verdadera mediocracia espiritual; significa en pocas palabras, transformar a América en el mercado del pensamiento foráneo, después de haberla reducido a claudicante mercado de colocación de la más grande potencia de nuestro tiempo.

Es cierto que el acontecer histórico sigue direcciones

que no admiten una rectificación voluntaria. Pero, si reconocemos la gran dosis de fatalidad que rige la historia, creemos que se trata de una "fatalité modifiable"; y que es el espíritu de los pueblos a quien corresponde modificar el curso del devenir histórico-cultural, en la medida de sus fuerzas, ya que no en la de sus deseos.

Y así llegamos al punto capital de este somero análisis, y nos enfrentamos al más descorazonador de sus aspectos.

Porque lo que más nos hace temer por la independencia del pensamiento americano no es lo que de inevitable hay en este bastardamiento de su más íntima naturaleza, sino la ausencia de una activa y viril voluntad que se le oponga, que reduzca su realidad al grado de lo impuesto por un ciego determinismo histórico: lo que nos subleva más profundamente y lo que tiende a destruir todo asidero de una posible esperanza, es el beneplácito y la satisfacción general con que se admite y hasta se solicita ese protectorado espiritual.

Y es que nos muerde la sospecha de que quizá estemos cayendo ya por la empinada barranca de un servilismo colectivo que no tiene ojos más que para buscar amo; a ese amo que, si bien explota y flagela, exime, a cambio de ello, de la pesada responsabilidad de construirse un propio y grande destino.

A. Gomezsoro

## LA SEMILLA

— Señor Director del Semanario MARCHA. — Presente.

Desgraciadamente, señor Director, mis condiciones literarias y oratorias para poder reflejar en lo que escribo, mis sentimientos, mis preocupaciones, mis inquietudes, y mis ideales, no solamente de hombre sino de uruguayo, no me ayudan mucho.

He leído en MARCHA (ese Semanario que es un oasis de ibero-americanismo en estos momentos en que nuestra juventud se encuentra furiosamente atacada de bugi-bugi) un artículo del señor Servando Cuadros, titulado "Los trabajos y los Días"; en el cual

40 - 09 - 54

ESTE NUMERO LE  
HARA CONQUISTAR  
MAYOR BIENESTAR

expone ideas excelentes, por cierto, de personalidades latino americanas sobre el peligro imperialista Norteamericano y a la vez, de la necesidad de fomentar una unión Latino-Americana. Yo le quiero decir al señor Cuadro que recuerde aquella parábola escrita en los evangelios sobre la semilla en la roca, en el camino, etc. Las palabras del señor Cuadro van a tener el mismo destino que la semilla en la roca, debido a que nuestra juventud nunca fué educada (como no lo fui yo), durante su pasaje por las aulas escolares y liceales, sobre el concepto de patria, de honor, de respeto a nuestras instituciones, de caridad, y sobre todo, nadie les ha hecho ver claro que todos los